

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

SIGNIFICACIÓN DE LA NUEVA FASE DE LAS NEGOCIACIONES SALT

Al reanudar sus actividades después de una temporada de descanso en las Bermudas, el Secretario general de las Naciones Unidas ha dado a conocer, a través de su portavoz, que «el clima actual es más propicio que nunca para un desenlace positivo de las negociaciones SALT». El señor U Thant se refería a la nueva fase del SALT, que se ha iniciado el 8 de julio en Helsinki, y se ignora si el optimismo que origina gratas vacaciones ha influido en su visión de las cosas. En todo caso, su declaración, hecha por un tercero, es una de las pocas noticias procedentes de fuente autorizada que se hayan tenido de unas negociaciones llevadas con el mayor sigilo. Aunque en ellas se ventile cuestión de tanta trascendencia como es la paz mundial, que centra la preocupación y el interés de todos los Gobiernos y de todos los pueblos en las conversaciones preliminares celebradas en Helsinki en noviembre y diciembre de 1969, las delegaciones norteamericana y soviética estimaron conjuntamente que un escrupuloso secreto en torno a las discusiones era condición fundamental del éxito perseguido. Dicho en otros términos: temieron acertadamente que, de darse a la publicidad los complejos debates técnicos destinados a poner coto a la ruinosa carrera de los armamentos estratégicos, se convirtieran en tema de comentarios, polémicas y deformaciones de la realidad. Entonces los árboles no hubieran dejado ver el bosque. De hecho, la prudente medida permite contemplar el bosque del SALT, que es, en definitiva, la disuasión y, por consiguiente, las relaciones estratégicas de las dos superpotencias.

Porque a pesar de que las relaciones políticas y económicas entre los Estados Unidos y la URSS se hayan ido modificando en el transcurso de los últimos diez años, las relaciones estratégicas han permanecido incambiadas. En efecto, hoy como ayer se basan en la disuasión nuclear recíproca, o sea en la certeza para la superpotencia que atacara la primera que, yendo por lana, volvería trasquilada, en razón de inevitables represalias, ya que no existe

medio de destruir de entrada absolutamente toda la capacidad de réplica del adversario.

Esta certeza de mutua destrucción era válida lo mismo considerando los respectivos niveles nucleares de los Estados Unidos y de la URSS en 1960 que en 1969, año éste en que, después de sucesivas dilaciones e incidencias, se inició un diálogo, que, al socaire de la limitación de las armas estratégicas, era exponente del común deseo de calar en las intenciones del otro. Porque el problema no es sólo el de las armas de que dispone la URSS o los Estados Unidos. El meollo de la cuestión son las superarmas—que ninguno se propone utilizar—y además las intenciones. En lo que atañe a los medios nucleares, cada una de las superpotencias sabe, con relativa exactitud, los que detenta la otra, merced a informes y observaciones de satélites, lo que permite una apreciación bastante objetiva del potencial ajeno. En cambio, las intenciones se hurtan a este tipo de información. Sólo cabe deducirlas mediante interpretaciones subjetivas para determinar una política que rija la estrategia militar. De aquí que la tarea fundamental del SALT sea que «el imperialismo yanqui», según criterio de los soviéticos, y «la amenaza comunista», según estiman los norteamericanos, conozcan cuanto sea posible sus recíprocas intenciones. Así, en función de ese conocimiento, podrán hallar una base para mantener ciertamente la disuasión, pero en forma menos desorbitada. Por consiguiente, renunciando mediante acuerdo a un demencial incremento de medios estratégicos, que es preciso renovar cada cinco años, dados los vertiginosos progresos de una técnica cuyos desarrollos es imposible frenar.

Aunque tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética no dejen de admitir que la meta perseguida por el otro le es claramente hostil, ambos reconocen que tienen intereses políticos comunes. El principal es salvaguardar la paz mundial, evitando la extensión de conflictos localizados y el enfrentamiento directo. El SALT aparece en este contexto como un marco adecuado para mantener un diálogo estratégico con implicaciones políticas, a fin de llegar a un acuerdo relativo a cierto control de los armamentos y a la limitación de su desarrollo. Además, es el camino para establecer la necesaria disuasión en términos menos onerosos que aquellos que llevaron al proyecto de crear sistemas de misiles antimisiles, de un fabuloso coste, el cual, en realidad, fue uno de los factores determinantes de la decisión soviético-norteamericana de buscar un acuerdo para su desacuerdo.

Con el transcurso del tiempo, y debido a que la disuasión ha funcionado hasta el presente, al extremo de haberse evitado una tercera guerra mundial,

las dos superpotencias han logrado dominar los problemas planteados por la posesión de medios bélicos aterradores. Ello les hace tomar conciencia de los riesgos que entraña para el mundo un poder nuclear con tendencia a proliferar, como lo demuestra la adhesión de China a la categoría de potencia nuclear. Por lo tanto, no parece aventurado pensar que las negociaciones SALT y los acuerdos que en ella se adopten apuntan a establecer una especie de coimperio nuclear soviético-norteamericano, primer paso en el camino de ulteriores acuerdos, tendentes a imponer un control de las armas nucleares de las potencias secundarias. La irritación china ante las negociaciones del SALT y sus propuestas de Conferencia de desarme nuclear general aparecen como un intento, hasta ahora fallido, de eludir esa consecuencia, derivada del éxito de las negociaciones del SALT.

El viaje de Kissinger a Pekín y la visita anunciada por el Presidente Nixón a China Popular no son sólo espectaculares exponentes de la nueva era en las relaciones chino-norteamericanas. Acaso sea el resultado de una sutil maniobra china para impedir que la bipolaridad se consolide sobre nuevas bases determinadas por el SALT. Esa aproximación entre Washington y Pekín, que no va dirigida contra un tercero—según ha puntualizado el jefe del Ejecutivo norteamericano—, consagra oficialmente la tripolaridad, o sea, reconoce que China Popular es una superpotencia con voz y voto en el ámbito internacional y, por supuesto, en el nuclear.

LA PROPUESTA MANSFIELD DE RETIRADA DE FUERZAS USA DE EUROPA

No se ha confirmado la noticia, adelantada hace unos días con cierta cautela, de que el Presidente Nixon había decidido retirar tropas norteamericanas de Europa; ello como complemento de las medidas anunciadas el 15 de agosto para reanimar el dólar, que es tanto como decir la economía de los Estados Unidos. En realidad, tal medida no podía presentarse como una aportación original de la administración republicana en la búsqueda de remedios eficaces para salvar una grave crisis. En el pasado mayo el senador Mike Mansfield ya la sugirió en forma de propuesta, presentada en el Senado. Pedía que, en forma escalonada, y antes del 31 de diciembre de 1971, fueran retirados 150.000 hombres de los 310.000 que constituyen los efectivos norteamericanos en la OTAN, a fin de reducir gastos y equilibrar la balanza de pagos. La Casa Blanca se ofuscó ante lo que estimó ser un proyecto de violación de los acuerdos de la OTAN, y desencadenó contra

la propuesta una campaña en la que no faltaron argumentos impresionantes, cual calificarla de «error de dimensiones históricas». En Europa no faltaron voces para corear la resistencia presidencial, singularmente en Alemania Federal. Era tanto más lógico cuanto que existe un acuerdo entre Washington y Bonn, según el cual en ningún caso serán reducidos los efectivos norteamericanos en territorio federal hasta mediados de 1972. A este respecto, las medidas monetarias puestas en vigor por Bonn, ese marco «flotante» contra el que se estrelló en Bruselas la pretensión francesa de establecer un doble mercado de cambio para los Seis, puede estimarse la contrapartida del acuerdo de no modificar el dispositivo de defensa de esa primera línea que es la Alemania Federal. De otra parte, ya doliente el dólar, los aliados europeos de los Estados Unidos—salvo Francia—se comprometieron en diciembre de 1970 a arrimar el hombro para llevar el pesado fardo de los gastos de la organización militar del Tratado del Atlántico Norte. Acordaron aportar un suplemento de 1.000 millones de dólares en cinco años para reforzar las fuerzas convencionales y la infraestructura de la OTAN. En atención al esfuerzo europeo, el Presidente Nixon dio entonces seguridades de que no reduciría los efectivos militares.

Habida cuenta de tan concretos compromisos, la propuesta del senador Mansfield, jefe de la mayoría demócrata, pudo ser presentada no como una solución parcial a los problemas financieros norteamericanos, sino como un intento de empujar a los Estados Unidos hacia el aislacionismo y el abandono a su suerte de los aliados europeos, o sea, como una retirada sin gloria del campo político de Europa en beneficio de la URSS. Y la propuesta Mansfield fue derrotada el 19 de mayo por 61 votos contra 36. No había hecho impacto su argumento fundamental de que procedía reducir a límites soportables para los Estados Unidos los 14.000 millones de dólares dedicados a las fuerzas norteamericanas destacadas en Europa, pero que también cubren los gastos de la VI Flota y de los 113.000 hombres estacionados en Norteamérica y dispuestos a intervenir en caso de emergencia. Al parecer, zanjada la cuestión en el Senado, todo había de seguir como por lo pasado, de no llegarse a un acuerdo entre la OTAN y el Pacto de Varsovia para una reducción simultánea de fuerzas extranjeras en los países amparados por ambos tratados.

Sin embargo, a finales de mayo, en conferencia de prensa celebrada en Munich, el secretario del Tesoro, el demócrata John B. Connally, expuso sin ambages el descontento que originaban en los Estados Unidos los cuantiosos gastos en favor de la defensa en el extranjero, gastos que represen-

taban el 9 por 100 del producto nacional bruto. Y aprovechó la oportunidad para aconsejar a los países europeos —y de paso a Japón— que meditaran la sabia máxima de «Ayúdate a ti mismo», porque no había amistad ni compromiso susceptible de justificar el sostenido esfuerzo de los Estados Unidos en provecho de los demás. Incluso puntualizó: «Los Estados Unidos no pueden comprometerse en acciones internacionales en las que no estén claramente reconocidos sus intereses.» Como se evidencia, la cuestión de una reducción de los efectivos norteamericanos en Europa tiene más miga que la puramente demócrata, representada por el senador Mansfield. Así es por qué en los Estados Unidos las cosas son más complejas de lo que aparentan, debido a que las preocupaciones electorales informan con frecuencia formulaciones y posturas políticas, cuando no tergiversan realidades incuestionables. Una de esas realidades es que el planteamiento estratégico-militar de la defensa de Europa, tal como se concibió en 1949, cuando los Estados Unidos tenían el monopolio atómico, apenas si es válido en 1971, cuando la URSS dispone de una red de ICBM. Tampoco es válido el planteamiento, desde el punto de vista de la capacidad norteamericana, de asumir el máximo peso en una defensa contra la agresión comunista, que, centrada inicialmente en la Europa occidental, se ha ido ampliando al mundo entero y muy concretamente a Asia.

Por cierto, la nueva política de Washington en Asia puede ser reveladora de una tendencia al repliegue ordenado y paulatino de Europa, que aparecía en filigrana en las declaraciones de Connally, o sea, el propósito de «europeizar» la defensa aliada en el viejo continente como se ha «vietnamizado» el conflicto en el Sureste asiático. Resuelto el 23 de agosto el problema clave de Berlín mediante concesiones mutuas —mayores por parte occidental que por la otra—, puede ponerse en marcha el proceso de ratificación del tratado germano-soviético de 1970 y convocatoria de la Conferencia de Seguridad, dado singularmente el sesgo favorable de las negociaciones SALT. Posiblemente es ésta la coyuntura que permita a los Estados Unidos aplicar la propuesta Mansfield, rechazada en el Senado. Es decisión que causará buen efecto en la opinión norteamericana en período preelectoral, pues será presentada como un aspecto de la política del Presidente Nixon. Otros dos pájaros podrá matar ese tiro, que no es aventurado esperar: reducir gastos desde luego y no violar formalmente acuerdos suscritos con los aliados europeos, que, al modificarse la situación en el viejo continente, se han vuelto

superfluos. Pero en la hondura de la decisión de retirada de fuerzas norteamericanas de Europa estará el jadeo económico de los Estados Unidos, eso que hace años Agustín de Foxá llamó «el peso de la púrpura».

FRANCIA, LA «OSTPOLITIK» Y LA REUNIÓN DE OREANDA

Posiblemente los historiadores futuros desentrañarán el misterio de las conversaciones de Brandt y Breznev. De momento, todo son conjeturas y especulaciones. Por ser muchas y muy variadas, alguna da en el clavo de un encuentro que, en lo formal, registró la insólita circunstancia de que el canciller de la República Federal se encaminara a Crimea sin su ministro de Asuntos Exteriores para tratar de cuestiones de la competencia de ese ministro. De otra parte, no se entrevistó con el jefe del Gobierno soviético; Leonid Breznev, secretario general del partido comunista de la URSS fue su interlocutor. El comunicado final no constituyó una sorpresa. Los temas tratados en Oreanda estaban sobre el tapete. Limitarse, o poco menos, a enunciarlos no revela el secreto del sumario, que tanto puede ser desbrozar el camino para un nuevo Rapallo como reflejo del deseo germano de conseguir un avance sustancial sobre Francia en la apertura al Este, iniciada por el general De Gaulle. Aunque en su conferencia de prensa del 23 de septiembre, el Presidente Pompidou negara semejante hipótesis con fina ironía, no es suficiente para descartarla totalmente. En todo caso, la República Federal le ha cogido la delantera a Francia para dar un nuevo y vigoroso toque a la tan traída y llevada cuestión de la Conferencia de Seguridad.

Era de presumir que así fuera, ya que la condición impuesta para su celebración en la reunión de la OTAN de Lisboa está teóricamente cumplida con la firma del acuerdo cuatripartito sobre Berlín. Sólo queda el rabo por desollar, o sea, su aplicación práctica. Esta tropiezo con dificultades más o menos artificiales que se originan en las negociaciones interalemanas, hace unos días atascadas en el problema de la traducción al alemán de los textos firmados por las cuatro potencias. Pero zanjada a alto nivel la peliaguda cuestión de Berlín, acaso convenga hacer caso omiso de menudencias, tales como el reconocimiento por Bonn de la República Democrática o las garantías sobre los accesos a la ex capital de Alemania para lanzarse a preparar activamente la Conferencia de Seguridad. La URSS se muestra singularmente interesada en acelerar esa convocatoria con la ayuda, posiblemente

lograda en Crimea, del canciller Brandt, a sumar a la aparentemente más condicionada de Francia.

Porque, aparte de las dificultades fronterizas con China Popular, que instan a la URSS a asegurar la retaguardia europea, se impone que desde 1969 se desvive no sólo por consolidar el *statu quo* en Europa, sino por influir en Europa. Una de las maneras de lograr este objetivo sería a través de una organización permanente a crear por la Conferencia proyectada. El que Europa sea esfera de interés soviético está en la lógica de esa concentración de poder que persigue la URSS; lo que no equivale acaso al prurito de implantar el marxismo-leninismo en todos los países europeos. Merced al papel que la URSS habría de desempeñar en Europa como consecuencia de la Conferencia de Seguridad, se daría por satisfecha con que los países del Oeste europeo tuvieran una política exterior lo menos antisoviética que fuera posible. A este respecto, las cosas no se le ponen mal a la URSS. Las dificultades financieras de los Estados Unidos y la reconversión de su política global sólo pueden dar pábulo al viejo plan de reducir el peso del fardo que ese país se echó a las espaldas al asumir la prioridad en la defensa del viejo continente. Y como la sombra acompaña al cuerpo, la retirada norteamericana fomentará la tentación de buscar por buenas componendas un acomodo con la superpotencia, que, pese a retirar sus fuerzas militares a territorio nacional, seguiría siendo colindante con países europeos, aunque sean del Este, un Este cuya cohesión la URSS se afaña en incrementar.

El viaje a Belgrado de Breznev puede considerarse como exponente de ese afán de la URSS por lograr una coordinación previa de los países socialistas de cara a la Conferencia de Seguridad. Para ello da por buenas posturas discrepantes, como la de Yugoslavia, airadamente opuesta desde 1948 a la tutela soviética y, por consiguiente, enemiga acérrima de la doctrina de la soberanía limitada. Similar tendencia por parte de Moscú a «besar la mano que no puede cortar» se observa con Rumania, empecinada en ir a su aire y mantenerse al margen de la gran querrela entre la URSS y la República Popular de China. Así, a pesar del viaje que Ceausescu realizó en junio a Pekín, Kosyguin se trasladó en julio a Bucarest para firmar un tratado de amistad y asistencia mutua. No ha coartado a Rumania para recibir posteriormente con los brazos abiertos una misión militar china. Es decir, que la URSS no escatima esfuerzos para conseguir apoyos tanto en función de la Conferencia de Seguridad como de la amenaza que puede suponer para ella un acercamiento entre Pekín y Washington. En este orden de ideas, la invitación hecha al canciller Brandt, aparte de un espadarazo

a su *Ostpolitik*, es un reconocimiento de la importancia de la República Federal en Europa, de la que es la primera potencia en lo económico e industrial y donde se registrarán los efectos de la nueva política norteamericana.

Tal reconocimiento no llena de júbilo a Francia, aunque en su conferencia de prensa el Presidente Pompidou no dejara traslucir enojo por las conversaciones entre Bonn y Moscú. Sin embargo, señaló que se habían llevado a cabo sin facilitar a París toda la información previa prevista por el protocolo franco-soviético y el tratado de cooperación franco-germano. Con todo, enjuició con benevolencia la *Ostpolitik* de Brandt, de la que indicó de pasada las dificultades. Brandt pudo apreciarlas cuando fracasó en el propósito de resolver la cuestión de Berlín prescindiendo de los cuatro. Era una manera, no por sutil menos intencionada, de recordar al Gobierno federal que a estas alturas no hay país que pueda campar por sus respetos, singularmente si este país es europeo.

No debe llamar a engaño el tono amable y levemente irónico del Presidente francés. Más allá de las apariencias tranquilizadoras está el gato encerrado del recelo de París ante un eventual y excesivo estrechamiento de los lazos entre Bonn y Moscú. La formulada divergencia de criterio entre Francia y la República Federal en cuanto a la fórmula de reducción equilibrada de las fuerzas militares es síntoma discreto, pero no desdeñable, de incipientes roces. Cabe relacionarlo con el viaje a Londres el 22 de septiembre del ministro de la Defensa de Francia, Michel Debré, quien se entrevistó con su colega británico. La decisión expresada a las claras por el Presidente Pompidou de combinar los esfuerzos y la voluntad de relajar la tensión con la preocupación y la capacidad de defensa se compaginan perfectamente con el deseo de concertar con Gran Bretaña, futuro miembro de la Comunidad Económica Europea, una actitud común en la batalla para fijar las modalidades de una auténtica seguridad europea. Ello revelaría una grieta, por leve que sea, en la fachada oficialmente intacta de la tan ponderada cooperación franco-alemana.

LA POLÍTICA SOVIÉTICA DENTRO DEL CAMPO SOCIALISTA

En estos últimos tiempos no navega la URSS con el viento en popa. De tratarse de una persona y no de una superpotencia podría decirse familiarmente que «tiene la negra». Apenas repuesta de la noticia del viaje a Pekín que el Presidente Nixon dio a conocer el 16 de julio, y que afecta sensible-

mente el diálogo entre Wáshington y Moscú por introducir en él un nuevo factor, informaban de Jartum que el golpe de Estado de tendencia comunista del 19 de julio se había convertido el 21 en contragolpe de Estado; el general Numeiry volvía al poder echando chispas contra los comunistas domésticos y foráneos. No era esto el resultado de manejos del «imperialismo» o de la «reacción», sino de la actuación de la unidad militar sudanesa estacionada en el canal de Suez y aerotransportada a Sudán, rápida y sigilosamente, por los «Mirages» libios. De común acuerdo, los Gobiernos de El Cairo y de Trípoli le habían dado el alto al comunismo, que trataba de instalarse en su retaguardia. El apoyo y asistencia del Estado soviético en el conflicto con Israel no presuponen en el ánimo de los presidentes El Sadat y Gadaffi que el mundo árabe haya de incluirse en el campo socialista con sede en Moscú. Los procesos de Jartum y de El Cairo no dejan lugar a dudas a este respecto, lo cual no es un éxito para los dirigentes de la URSS, que han de ser a un tiempo defensores de los intereses nacionales y propagadores del marxismo-leninismo.

No paran ahí los disgustos de la URSS. En el campo socialista del Este, donde en tiempos imperó, las tendencias independentistas se han manifestado, por lo menos en el orden económico, con motivo de la cumbre del COMECON, celebrada en Bucarest a finales de julio. En ella prevaleció el criterio rumano de negativa a una centralización económica del bloque en torno a la URSS. Ya había sostenido Rumania semejante postura en anteriores cumbres, pero con menos éxito que en la última. O sea, que se ha confirmado en Bucarest esa amenaza a la indiscutida preponderancia soviética, que quedó puesta en solfa por la «primavera de Praga». Por consiguiente, no ha podido cogerla de nuevas a la URSS. De ahí que no pueda calificarse de «reacción» el cónclave de dirigentes comunistas celebrado el 3 de agosto en Crimea, donde casualmente todos pasaban sus vacaciones, incluso el dirigente de Mongolia, Zedenbal, pero no el rumano Ceausescu. De hecho, la reunión de Crimea ha sido una continuación de los países del Pacto de Varsovia, celebrada en Budapest a un tiempo que las maniobras militares se efectuaban en Hungría, a proximidad de la frontera rumana. También en vísperas de la invasión de Checoslovaquia se hicieron maniobras militares cerca de su frontera con la República Democrática Alemana. El antecedente explica que la alarma cundiera en una Rumania que viene dando reiteradas muestras de su adhesión a la tesis yugoslava de la independencia política de cada partido comunista, tesis que originó la ruptura de 1948 entre Tito y Stalin. La ausencia de Rumania en la reunión de Crimea evidencia su

decidida opción a favor de la independencia nacional —aunque inspirada en la ideología marxista—, toda vez que en tal reunión el tema fundamental era coordinar las políticas de los aliados del Este, supeditándolas al interés soviético de asegurar su retaguardia europea para centrar su esfuerzo en la frontera con China Popular. La asistencia del dirigente mongol es reveladora de las preocupaciones asiáticas de Moscú. Pero como en esa retaguardia europea se encuentran Rumania y Yugoslavia, países dudosos, y Albania, claramente hostil, es incuestionable que fueran motivo de deliberación. No es éste un problema que ha surgido ahora, si bien el acercamiento eventual entre Wáshington y Pekín lo hace más acuciante. Por ello puede estimarse que las maniobras en la frontera rumana obedecieron a un plan establecido de tiempo para que vuelva al redil la díscola Rumania, por supuesto, pero que no echa en olvido a Yugoslavia, si bien a este país se le trata con otra terapéutica.

En efecto, Yugoslavia, mejor dicho, el Estado federal yugoslavo, con sus seis repúblicas de etnias o nacionalidades distintas y más o menos enfrentadas, de idiomas, culturas y tradición religiosa diferentes, que ha de adaptarse a una reforma constitucional que pretende consolidar la reciente unidad federal, es una tentación, singularmente en un momento de crisis económica y financiera. Lo es tanto más cuanto que Yugoslavia es pieza fundamental de los Balcanes, área cuya importancia no menguará la nueva configuración de las relaciones internacionales que está a la vista, en razón del componente chino. Pero antes de que Wáshington y Pekín rompieran su viejo silencio oficial, habían surgido en Yugoslavia temores de agresión similar a la sufrida por Checoslovaquia. Belgrado se dispuso a hacer frente a base de defensa popular y guerrilla. No parece que los tiros vayan por allí. Más bien la URSS trata de crear conflictos entre las nacionalidades susceptibles de desmembrar la República federativa. A tal fin, como peón de brega, utiliza a Bulgaria, que hace meses empezó a reivindicar Macedonia, es decir la parte yugoslava de ese territorio convertido en República autónoma. Como tal reivindicación no puede basarse en lo étnico—los macedonios no son búlgaros— ni en lo cultural o histórico; Bulgaria invoca el casi olvidado tratado de San Stéfano del 5 de mayo de 1878, que Rusia vencedora impuso a Turquía para poner término a la guerra de 1877. Las potencias europeas estimaron las condiciones tan incompatibles con el equilibrio de poderes en los Balcanes, que convocaron en julio de ese mismo año el Congreso de Berlín. Modificó sustancialmente los términos de un Tratado que apuntaba a crear una Gran Bulgaria —tutelada por Rusia— comprensiva

de la actual Albania y de las llanuras al oeste del río Vardar, o sea la parte de Macedonia actualmente yugoslava. No es peregrina una reivindicación al amparo de un tratado nonato. Es exponente de una labor de zapa disgregadora y con visos expansionistas. Afecta no sólo a Yugoslavia, sino a la parte sur de Macedonia, que es griega, y a Albania, que, después de veinte años de interrupción, ha reanudado en el pasado febrero relaciones diplomáticas con su vecina. De otra parte, dado el estrechamiento de los lazos entre Belgrado y Bucarest, cabe mencionar la creación en los Balcanes de un frente de temerosos o amenazados. Ahora queda por saber si en la política de solapada siembra de cizaña y oficial buena amistad, «una de cal y otra de arena», que Moscú viene practicando con Yugoslavia, toca en el viaje de Breznev a ese país la de cal o la de arena. No parece que puede llegarse, entre Tito y Breznev más que a un acuerdo formal construido más sobre arena que sobre cal.

CONSECUENCIAS ORIENTALES DEL CONTACTO WASHINGTON-PEKÍN

Aunque se vayan apagando los ecos que despertó la ruidosa traca del anuncio de viaje a Pekín que hizo el presidente Nixon, no se tornan más discretos los chinos en cuanto a la carta que están decididos a jugar en esa coyuntura. Al contrario. Contrastando con su peculiar sigilo y cautela, a voz en cuello, dan a conocer al mundo el precio que han de pagar los Estados Unidos por la normalización de sus relaciones con China Popular. Es un precio fijo que hace años Chou En-Lai dio a conocer al periodista Edgar Snow. Lo ha mantenido durante las conversaciones secretas con Kissinger, consejero personal del presidente Nixon, y no pierde oportunidad de vocearlo: reconocimiento de la existencia de una sola China, la de Pekín; retirada de todas las fuerzas norteamericanas de Vietnam del Sur, y búsqueda de la solución de las disputas mediante un acuerdo pacífico. Este último punto sería el más fácil de lograr, ya que un acuerdo en lo secundario no plantea problemas una vez superado el obstáculo de lo fundamental, que, en este caso, es la renuncia a la política de presencia norteamericana en Asia, iniciada en el siglo XIX, y de la que fue un importante episodio la ocupación de Filipinas en 1898.

Mientras los chinos no ocultan sus intenciones, los Estados Unidos callan. No equivale a decir que estén dispuestos a otorgar. Simplemente se evidencia que las condiciones chinas no arredran al jefe del Ejecutivo, acaso con-

fiado en sus dotes dialécticas para modificar los puntos de vista de los dirigentes de Pekín. Pero hasta que se conozcan los resultados de las conversaciones chino-norteamericanas, Pekín da la impresión de ocupar una posición de fuerza frente a una flexibilidad norteamericana, muy poco tranquilizadora para los países asiáticos que, adoptando la tesis de la agresión comunista, han aportado una ayuda militar o económica al esfuerzo de guerra de los Estados Unidos. En estas circunstancias un tanto angustiosas se halla China nacionalista, a pesar del lenitivo mensaje que el presidente Nixon se apresuró a dirigir al viejo aliado y anciano mariscal Chiang Kai-chek. Similar incertidumbre y zozobra se da en los países asiáticos amparados en la fuerza tutelar norteamericana, cuales Vietnam del Sur, Corea del Sur, Tailandia y Camboya. Cortando por lo sano, Tailandia ha iniciado la retirada de las unidades destacadas en Vietnam del Sur y Camboya; a marchas forzadas se apresta a su autodefensa. Por su parte, China nacionalista, Corea del Sur y Vietnam del Sur han formulado el proyecto—mejor dicho, la sugerencia—de establecer una alianza para hacer frente a la situación que amenaza, situación que será una novedad a escala mundial, pero que no modifica la realidad de que estos tres países siguen en la brecha contra un comunismo que tienen a la puerta de casa. Por desgracia, esa eventual alianza sugiere que en numerosos casos no pasa de ser una vaciedad al dicho de que «la unión hace la fuerza». Una suma de debilidades jamás constituyó una fuerza, aun cuando tales debilidades se sumaran en una alianza destinada a llenar el vacío que dejaría el hundimiento del edificio defensivo de la SEATO, cuya pared maestra son los Estados Unidos. Quizá la salida para los países comprometidos del Sureste asiático sea prescindir de sistemas defensivos de carácter militar y dotarse de gobiernos que se acurruquen en un neutralismo que, para muchos, sólo será un compás de espera antes de sufrir nuevas embestidas originadas por subversiones internas. El caso de Laos es aleccionador a este respecto.

La incertidumbre y zozobra que provoca el nuevo rumbo que, al parecer, ha de tomar la política norteamericana en Asia no afecta únicamente a los países asiáticos. También pueden quedarse al garete y en situación incómoda y peligrosa Australia y Nueva Zelanda, singularmente Australia, que ha venido apostando a ser puente entre Occidente y Oriente en esa región del mundo. Pero el convencimiento existente en Canberra desde la II Guerra Mundial de que sólo los Estados Unidos estaban en condiciones de garantizar la seguridad de Australia la llevó a adherirse sin vacilar al pacto del ANZUS, junto con Nueva Zelanda. El ANZUS se diluyó en 1954 en lo multi-

lateral del Tratado de Alianza Militar del Sureste asiático o SEATO, que el presidente Magsaysay calificó de «tratado con dientes». Tales dientes se han desgastado royendo el hueso del conflicto vietnamita, cuya duración está logrando el objetivo de forzar a los Estados Unidos a reconsiderar su política global y retirarse de Asia, aun dejando en delicada postura a países que, como Australia, participaron en la contienda mediante una ayuda militar relativamente importante. Esa política de participación empezó a modificarse cuando, a finales de 1968, Gorton sucedió al primer ministro Harold Holt, muerto accidentalmente. Previa consultas con Washington sobre sus intenciones después de finalizar la guerra, Gorton prometió a Malasia y Singapur mantener fuerzas australianas en esos territorios para paliar la prevista retirada de Gran Bretaña del Este de Suez. Sin embargo, la victoria de los conservadores británicos volvió a situar a Australia en el marco tradicional de su defensa, ya que Londres decidió permanecer en esa área. Pero después de las elecciones australianas de la pasada primavera se ha hecho patente el propósito de Australia de no actuar ya como mero miembro de la Commonwealth o incondicional aliado de los Estados Unidos. De ahí que las fuerzas destacadas de Vietnam del Sur se hayan reducido de 8.000 a sólo 1.000 hombres. Ha tomado cuerpo la tesis socialista de que Australia ha de acompañar su política con la de los países del Sureste asiático y activar con ellos los intercambios de todo orden a través del Plan de Colombo o del ASPAC. Semejante política tenía ante sí un amplio horizonte de posibilidades, de mantenerse de algún modo la presencia norteamericana en Asia. Es precisamente a lo que se opone China Popular. Por consiguiente, una modificación de las relaciones chino-norteamericanas, ¿permitirá a Australia, potencia blanca inserta en Asia y el Pacífico, mantenerse a flote asida del Sureste asiático como pretendía? No es muy alentador el antecedente de que los Estados Unidos, con su formidable potencial militar y recursos, no lo haya logrado. Por ello, Australia corre el riesgo de quedarse un poco como un eslabón suelto de la cadena de una defensa de Occidente cuyo principal campo de batalla ha estado muy lejos de Occidente.

EL INGRESO DE LA REPÚBLICA POPULAR CHINA EN LA ONU

No es preciso ser profeta para vaticinar que la próxima Asamblea General de las Naciones Unidas, que se abre el 21 de septiembre, será animada y hasta borrascosa, porque aun antes de que se inicien los debates sobre

el ingreso de China Popular está planteado el dilema de las dos Chinas. En efecto, no se trata propiamente dicho de que China ingrese en las Naciones Unidas. Desde 1945 pertenece a esa organización internacional una República de China, que es además miembro permanente de su Consejo de Seguridad. A la que se pretende acoger en la magna asamblea de naciones es a la China Popular o continental, que surgió en 1949 de la victoria comunista sobre los nacionalistas de Chiang Kai-shek, replegados a la isla de Formosa. Y como quiera que tanto Taipeh como Pekín han proclamado que la presencia de ambos es incompatible en la ONU y que tanto Taipeh como Pekín afirman ser representantes únicos de un conjunto territorial que es China, la cuadratura del círculo parecería juego de niños de no confiar en el ingenio de los diplomáticos para hallar una solución.

Durante veintidós años, los Estados Unidos han apoyado la tesis de su aliada la China de Chiang Kai-shek, única representante de ese país frente al enojoso fenómeno de una China comunista que se pretendía ignorar, lo cual era difícil debido a las molestias que venía causando. El propósito de que el gobierno de Formosa actuara como la auténtica China explica los esfuerzos norteamericanos para impedir en las reuniones de la Asamblea General de las Naciones Unidas de estos últimos años que una votación por mayoría simple permitiera el ingreso de la China comunista. Sin embargo, el año pasado la sempiterna resolución albanesa obtuvo 41 votos a favor, 49 en contra y 25 abstenciones. No eran los 2/3 de los votos que requiera una «cuestión importante» como era aquélla, pero esa mayoría simple abrió una brecha en la oposición al ingreso de China Popular y se impuso como prueba evidente de que la actividad diplomática de Pekín iba consiguiendo resultados positivos.

Porque restañadas las heridas de su revolución cultural, China Popular empezó a salir al mundo. Desde las conversaciones «útiles» de septiembre de 1969 entre Kosyguin y Chou En-lai en el aeropuerto de Pekín hasta las entrevistas secretas del ministro de Asuntos Exteriores chino y el consejero del presidente Nixon, Kissinger, pasando por los numerosos reconocimientos diplomáticos de la República Popular, son innegables los avances chinos en el tablero internacional. La llamada diplomacia del ping-pong y la suavización de las restricciones norteamericanas a los viajes y el comercio con ese país, fueron señales inequívocas de que era un hecho el acortamiento de distancias entre Washington y Pekín. Es decir que el espectacular anuncio de viaje a China Popular del presidente Nixon se venía gestando de tiempo atrás, impulsado en gran parte por la grave crisis monetaria y económica

norteamericana y el firme empeño de reconsiderar a fondo la política de los Estados Unidos con relación a la China comunista.

Si alguna duda quedaba a este último respecto, la desvaneció el secretario de Estado William Rogers. En declaración del 2 de agosto dijo en claro lo que el mundo había entendido en clave, singularmente Taipeh, a saber, que decididos los Estados Unidos a tratar directa y seriamente con China Popular, apoyarían su ingreso en la ONU y aceptarían democráticamente lo que acordara la mayoría. Dada la votación del pasado otoño, pueden adelantarse los resultados de este año. Ahora bien, para endulzar la tremenda píldora que es tal declaración oficial para China nacionalista, y de rechazo para su aliado japonés, William Rogers señaló que su país se opondría a la expulsión de Formosa, y no ya de la República de China, de las Naciones Unidas o a cualquier acción que la privara de su representación en ese organismo. Así preparó la puesta en órbita de una tesis destinada a sustituir la tesis de las dos Chinas, cuyo principal fallo es que la rechazan precisamente las dos Chinas. Es un inconveniente que no ha impedido que el embajador norteamericano en las Naciones Unidas, George Bush, convocara el 4 de agosto una conferencia de países amigos para coordinar una estrategia con vista a la batalla de las dos Chinas. Con todo, cabe dudar que los propios Estados Unidos crean en la viabilidad de semejante fórmula. No serán las múltiples y hasta recientes declaraciones de Pekín las que den pábulo a ilusiones de este tipo. La táctica de China Popular con los Estados Unidos es nueva. Su estrategia y objetivos permanecen incambiados y desde hace dieciséis años no ha modificado su postura sobre Formosa, que llama provincia de Taiwan. China nacionalista está más callada ante el pleito en ciernes, consciente de que ya no cuenta con el incondicional apoyo norteamericano para no ceder una pulgada de terreno en la ONU. Es una actitud prudente, dictada por la evidencia de que su supervivencia como China enana junto a la China gigante es poco probable en el ámbito del organismo internacional. Decididos los Estados Unidos a asentar su política en Asia sobre la base de relaciones políticamente correctas y comercialmente fructuosas con China Popular, Taipeh no puede esperar que los dirigentes norteamericanos estén dispuestos a morir antes que ver negado el derecho de la República de China a permanecer no sólo en la ONU, sino también en el Consejo de Seguridad, e incluso, a plazo más o menos lejano, a salvo del dogal pekinés. Por ello no parece pura especulación carente de fundamento el criterio expuesto por U Thant en muy reciente conferencia de prensa, en la que dijo estimar inminente el ingreso de China Popular en la ONU y, eventualmente, la expulsión de China

nacionalista: tal sería el resultado de las deliberaciones y votación de la Asamblea General cuando en octubre trate de esta cuestión.

De no acordarse por mayoría la expulsión de China nacionalista y sí el ingreso de China Popular, ello no significaría forzosamente el triunfo de la tesis de las dos Chinas, que podría incitar a Pekín a negarse a traspasar la puerta abierta de la ONU. En cambio, cabe alzar la bandera de una nueva nación llamada Formosa o Taiwan, que, como tal, tendría derecho a estar presente en la organización internacional, mientras China Popular representaría a China y ocuparía el puesto de este país en el Consejo de Seguridad. No son muy alentadoras las perspectivas que brinda el derecho de veto otorgado a Pekín. Los Estados Unidos serán los primeros en percatarse de ello. *No es éste el único perjuicio causado a este país por la situación que se avizora.* Si la credibilidad es factor esencial de la estrategia de disuasión, lo es también en política. El abandono de la República de China a una suerte previsible, andando el tiempo, asestará un golpe de no desdeñables consecuencias a la credibilidad de los Estados Unidos en cuanto aliados y amigos.

LAS RELACIONES ENTRE JAPÓN Y ESTADOS UNIDOS

La disimulada devaluación del dólar, que es la medula de las medidas económicas anunciadas por el presidente Nixon el 15 de agosto, si no han sembrado la alarma y el desconcierto en la mayoría de los países, singularmente en los del bloque occidental, han provocado el pánico en Japón, de dar crédito a las agencias informativas. No es esto síntoma de un deficiente sistema nervioso de los japoneses. Es hecho exponente de una economía tan vinculada a la economía norteamericana que, poco antes de conocerse las decisiones adoptadas por Wáshington, el ministro de Comercio japonés había dicho que «las relaciones con los Estados Unidos eran tan importantes como el agua y el sol», en ocasión de exponer un programa para suavizar las tensiones nipo-estadounidenses que motivaron la redacción por el Ministerio de Asuntos Exteriores de una «lista de críticas norteamericanas contra nuestro país». Entre tales críticas figuraba en primer término la negativa de Tokio de revaluar el yen cuando el dólar estaba alicaído. Una vez declarado su mal estado de salud por el propio jefe del Ejecutivo norteamericano, difícil le será a Japón, a pesar de sus angustiados esfuerzos, mantener la paridad de su moneda, con las inevitables consecuencias que una revaluación acarreará para su comercio mundial, aparte del golpe sensible que la sobretasa del

10 por 100 asesta a las cuantiosas exportaciones japonesas al mercado de los Estados Unidos.

Pero con ser graves para Japón los daños causados por las medidas norteamericanas, no se limitan estrictamente al ámbito económico, porque dan en ojo de casi tuerto. En efecto, el ojo político de Japón, es decir sus relaciones con los Estados Unidos reguladas por el Pacto de Seguridad, resultó muy dañado por el anuncio de visita a Pekín del presidente Nixon, comunicada al gobierno japonés veinte minutos antes de hacerse pública la noticia. Semejante visita implica —por lo menos eventualmente— una reconsideración total de la política asiática norteamericana definida en Guam por el presidente Nixon en 1969. Según la llamada «doctrina Guam», los Estados Unidos, renunciando a su papel de gendarme en Asia, encomendaban a los países asiáticos amigos la defensa del Continente, poniendo a su disposición armamento y ayuda económica y financiera. La «vietnamización» fue a este respecto un a modo de prueba a aplicar posteriormente a los aliados asiáticos, entre los que Japón ocupaba lugar destacado junto con China nacionalista. Esta orientación sirvió de base para las negociaciones iniciadas en noviembre de 1969 por el primer ministro japonés, Sato, con vistas a un acuerdo sobre Okinawa, la gran base norteamericana en el Pacífico.

Las negociaciones fueron laboriosas y hasta el pasado 17 de junio no se firmó el acuerdo entre los Estados Unidos y Japón sobre esa isla, donde, en el transcurso de la II Guerra Mundial, el patriotismo japonés alcanzó cumbres numantinas en su heroica defensa: de los 120.000 hombres que resistieron los asaltos norteamericanos, sólo 7.000 fueron hechos prisioneros. De ahí que Okinawa tenga categoría de símbolo de amor patrio en el sentir del pueblo nipón, lo que ha llevado al gobierno de Tokio a hacer concesiones para recobrar su soberanía: el pago a los Estados Unidos de 320 millones de dólares en concepto de indemnización por sus instalaciones e infraestructuras. Por lo demás, tal concesión, lo mismo que el previsto mantenimiento de 88 bases norteamericanas en el archipiélago de Ryu-Kyu, frente a las 134 anteriores, era lógica y hasta indispensable en el marco de la «doctrina de Guam». En región tan delicada del Pacífico como es el mar de la China, esa «doctrina» apuntaba a un nuevo equilibrio de fuerzas basado fundamentalmente en un estrechamiento de lazos de toda índole entre Tokio y Taiwan, pero sin prescindir del apoyo norteamericano. La configuración misma del archipiélago de Ryu-Kyu, al que pertenece Okinawa, especie de cadena lanzada hacia Formosa, daba hasta respaldo geográfico a la planeada política de defensa asiática contra el comunismo, en la que Japón era llamado a des-

empeñar papel capital. Por ello, pese a sus amplias relaciones comerciales con China Popular y a la protesta de parte de su opinión pública, el gobierno japonés no ha dado hacia su vecina los correspondientes pasos diplomáticos y políticos, cohibido por sus compromisos con los Estados Unidos, que se derivan del pacto de seguridad del 23 de enero de 1960, ya trabado por el reconocimiento del 28 de abril de 1952 de que China nacionalista es el único gobierno legítimo de China y, acaso, debido a la esperanza de convertirse en «líder» del frente anticomunista asiático. El acuerdo de 17 de junio parecía ser etapa previa para el logro de este objetivo, aunque hasta la primavera de 1972 Okinawa no volverá a la soberanía japonesa.

Entre el presente y esa primavera media el viaje a Pekín del presidente Nixon, salvo imprevistos. Nadie puede afirmar que no será un Yalta asiático, dada la imperiosa necesidad para los Estados Unidos de salir del actual atolladero económico y financiero que hace buscar mercados. Y si «París bien valía una misa», como dijera Enrique IV, tan vasto mercado virtual como es el de la China Popular bien merece cierta flexibilidad. Conocida la postura de Pekín con relación a Formosa o Taiwan, «provincia china», es de señalar que también pone en duda el carácter japonés de algunas islas de Ryu-Kyu y recuerda que por las venas de los autóctonos de Okinawa corre sangre polinesia. Esta duda y preocupaciones étnicas no son muy tranquilizadoras para Tokio, en particular si de las conversaciones de Pekín sale malparado —como es de suponer— el sistema estratégico que los Estados Unidos establecieron en el Pacífico, contando con un Japón aliado y, en cierto modo, sacrificado al propósito de aislar política y diplomáticamente a China Popular, propósito que ahora va camino del desván de la historia. En este contexto, se impone cuán fundamentadas son la alarma y zozobra que han originado en Japón las medidas económicas del presidente Nixon. Lluven sobre un Japón mojado hace apenas un mes por la nueva postura política de los Estados Unidos frente a China Popular y, por consiguiente, frente a Asia.

LA VIII CONFERENCIA DE LA OUA

Por octava vez desde la creación en 1963 de la Organización de la Unidad Africana, también conocida por la sigla OUA, se ha celebrado del 21 al 23 de junio en Addis Abeba, la conferencia de jefes de Estado. Y, por octava vez, se ha comprobado que los jefes de Estado de los 41 países de tal organización no dan muestras de particular entusiasmo por reunirse. Prefieren

enviar en su lugar a ministros o delegados especiales. Es más, la asistencia de jefes de Estado a la conferencia cumbre africana es decreciente: 22, en 1968; 15, en 1969; 13, en 1970, y sólo 10 este año, el número más reducido en la accidentada y nada larga historia de una organización en la que ya inicialmente existían tres factores fundamentales de división: la oposición latente entre países calificados de «progresistas» y países moderados; la separación racial entre el Africa del Norte y el Africa subsahariana y, finalmente, las diferencias entre el Africa antes francesa, o Africa latina, y el Africa antes británica, respectivamente vinculadas por intereses reales a sus antiguas metrópolis. Sin embargo, superados o resueltos diversos litigios que provocaron grandes oleadas de fondo y superficie, cuales la guerra de Nigeria, la disputa entre el Congo-Kinshasa y el Congo-Brazzaville, la tensión entre Marruecos y Mauritania y entre Marruecos y Argelia, por cuestiones fronterizas y, por el mismo motivo, entre Etiopía y Kenia, la OUA hubiera podido iniciar una navegación más apacible rumbo al desarrollo económico, social y cultural, problema capital de los países de la organización que los bulliciosos políticos africanos dejan en un segundo término.

Por desgracia para esos países, y más aún para sus pueblos, la cuestión de los territorios portugueses de Angola y Mozambique y la existencia de Estados blancos en Africa desvían la OUA de tal objetivo y la hipnotizan con la pretensión de anular realidades difíciles de ignorar mediante resoluciones imperativas y discursos estrepitosos. Por supuesto, siempre cabe buscar el desarrollo atendiendo las voces de sirenas de los soviéticos y chinos, dispuestos a brindar su apoyo y asistencia a los países africanos, como ha recordado el jefe del Gobierno de la URSS, Alexei Kosiguin, en mensaje dirigido a los reunidos en Addis Abeba. Pero nadie puede afirmar a ciencia cierta que éste sería el medio más seguro de fortalecer independencias nacionales tan celosa y recelosamente defendidas por la OUA con descuido de lo económico y social, como se lamentó el presidente del Senegal, Leopold Senghor.

Por ello, no es sorprendente que, tanto la conferencia de ministros como la de jefes de Estado de la OUA, haya centrado su indignada atención en el diálogo propuesto por Africa del Sur a los demás países africanos. Este ha sido el tema básico—por no decir el único—de la VIII Conferencia cumbre. Es tema que viene coleando desde que el 15 de septiembre de 1970 el primer ministro surafricano, doctor Vorster, declaró que su gobierno, aunque nada dispuesto a tolerar la subversión comunista, no tenía intención de atacar a ningún país africano y propuso suscribir con ellos pactos de no agresión. Poco después, ante la Asamblea General de la ONU, el ministro de Asuntos Ex-

teriores de Africa del Sur reiteró la propuesta, airadamente rechazada por Tanzania y Zambia, los perros más ladrones del marxismo prochino en Africa. En cambio, en ocasión del V Congreso del partido democrático de Costa de Marfil, celebrado en octubre de 1970, el ministro de Asuntos Exteriores de este país consideró la propuesta de Pretoria como el medio de resolver pacíficamente un problema cuya solución violenta podía ser fatal para la independencia africana. Días después, el presidente Houphouet-Boigny, portavoz de los moderados y el político más sagaz y realista del Africa negra, insistió en este criterio. Levantó una polvareda que, lejos de disiparse en la VIII Conferencia cumbre de la OUA, se ha vuelto más densa dado el clima pasional que los progresistas o extremistas mantienen en la organización. Porque la oposición a Africa del Sur—y asimismo a Rhodesia—junto con la «descolonización» a base de alentar y fomentar las guerrillas de Angola y Mozambique son dogmas que galvanizan a los Estados y pueblos africanos y suscitan una pasmosa actividad, en gran parte verbal, en perjuicio de realizaciones prácticas. Es además una toma de posición que permite a los extremistas imponerse en las deliberaciones y acallar a los moderados, cuyas sensatas razones apenas si pueden exponerse antes de redactar las resoluciones.

Por lo tanto, no ha deparado sorpresa el que la cumbre africana haya acordado cerrar los oídos a la propuesta de Pretoria. Tampoco es sorprendente que Costa de Marfil haya sido expuesta a la picota. Seguramente lo esperaba el presidente Houphouet-Boigny, ausente de Addis Abeba como en anteriores conferencias, y que hace poco dijo: «Se me acusará de ser lacayo del colonialismo». De suerte que, pese a no escasear los jefes de Estado africanos que comparten el punto de vista del presidente de Costa de Marfil en cuanto a dialogar con Pretoria, vacilaron a la hora de la verdad, bien personalmente, bien a través de sus representantes en la conferencia. Y ha prevalecido el criterio de los extremistas, como lo evidencia la resolución en la que se ha rechazado la propuesta de pacto de no agresión de Africa del Sur. ¡Cuánto gravita sobre muchas jóvenes naciones africanas el temor a verse acusadas de ceder a las presiones de las antiguas potencias coloniales! Además, dado el ambiente de pasión reinante en Addis Abeba, cualquier amago de entendimiento con Africa del Sur hubiera tomado el sesgo de traición a los derechos y aspiraciones de 15 millones de negros surafricanos. En tales condiciones, ¿qué país osa remar contra una corriente que acaso no es mayoritaria, pero sí más vocinglera?

Con todo, Estados africanos que públicamente se oponen a un entendimiento con Africa del Sur mantienen a la chita callando fructíferas relacio-

nes comerciales con ese país, para no perjudicar sus economías. De forma que se incrementan los lazos económicos entre ellos y Africa del Sur, lo que, a la larga, llevará a establecer algún lazo político. En este orden de ideas, aparte de las transacciones comerciales, hay que señalar la existencia de una línea aérea que funciona regularmente entre Johannesburgo y la capital de Madagascar—otro país africano moderado—y que una compañía aérea surafricana hace escalas técnicas en Libreville, capital del Gabón, cuyo presidente, el señor Bongo, dijo el año pasado que estaba dispuesto a asociarse a la iniciativa del presidente Houphouet-Boigny por ser conforme a la divisa de su país: «Diálogo, tolerancia, paz».

LA NUEVA FEDERACIÓN DE ESTADOS DEL GOLFO PÉRSICO

Antes de hacerse a la mar de la realidad práctica, se fue a pique la Federación de Estados del Golfo Pérsico, teóricamente creada el 30 de marzo de 1968 bajo los auspicios de la Gran Bretaña, en función de su retirada de esa región, prevista para finales de 1971. No por ello se ha dado el carpetazo a una fórmula que pretendía agrupar en una entidad coherente a los siete Emiratos de la Costa de los Piratas, la península de Qatar y el archipiélago de Bahrein con vistas a establecer una diplomacia y defensa comunes. A mediados del presente julio se ha sabido que, prescindiendo de Qatar y Bahrein, que optaron por la independencia, los siete Emiratos han formado una nueva Federación de Estados del Golfo Pérsico.

Cabe preguntarse si esa navecilla está en condiciones de capear los temporales que no dejarán de perturbar su singladura por las revueltas aguas del golfo Pérsico, donde chocan intereses petrolíferos, comerciales, políticos, nacionales y estratégicos de grandes, medianas y pequeñas potencias.

Considerada en sí, la nueva Federación dista de ser un todo económico y social homogéneo. Sólo en dos de los siete Emiratos se ha hallado, hasta ahora, petróleo: en Abu Dhabi, que ingresa anualmente en sus arcas 100 millones de libras por este concepto, y en Dubayy. Estos emiratos tienen, respectivamente, la irrisoria población de 25.000 y 70.000 habitantes. Mas pueden dárselas de grandes países en relación a sus confederados, cuyas poblaciones oscilan entre los 2.500 y los 15.000 habitantes, afincados en tierras paupérrimas y cuyo futuro bienestar se ha confiado a un Fondo de Desarrollo del Consejo de Emiratos, creado en 1970. En cambio, debido a su riqueza petrolífera, Abu Dhabi y Dubayy crecen y prosperan. El puerto de Dubayy, a ter-

minar en 1973, será el emporio del golfo Pérsico y está en funcionamiento su aeropuerto internacional. Es decir, que ya inicialmente se registran graves desequilibrios económicos entre las partes de ese todo que es la Federación, con capital provisional en Abu Dhabi. En lo que respecta a las fuerzas armadas, sólo están representadas por un embrión de ejército federal, constituido por los 4.000 soldados de Abu Dhabi, si bien es de prever que el Gobierno británico, nada dispuesto a dejar al garete los intereses petrolíferos ingleses en la región, prestará la colaboración precisa en técnicos y armamento para crear el sistema defensivo de la Federación, tanto con vistas al mantenimiento de su orden interno como de eventuales dificultades con otros países.

Finalmente, además de las diferencias socio-económicas y demográficas entre los siete Emiratos, han venido existiendo entre ellos litigios fronterizos. Así, Abu Dhabi reivindicaba parte del territorio de Dubayy, que, a su vez, reivindicaba parte de Sharja. Gran Bretaña no pudo dirimir el pleito por falta de documentos que fundamentaran los respectivos derechos. Propuso que se repartieran a prorrato entre los siete Emiratos que se federaban los beneficios de la riqueza petrolífera de dos, ya que los yacimientos cerca de líneas fronterizas eran el meollo de la reivindicación. En el marco federal, las fronteras tienden a borrarse, singularmente si ricos y pobres han de ser medidos con el mismo rasero, por lo menos en la teoría inicial. En la práctica, podría haber desengaños que se convirtieran en una fuente de tensiones internas, tanto más peligrosas cuanto que la flamante Federación está situada en una región donde se registran virtuales enfrentamientos entre países ribereños, aparte de los intereses encontrados de países ajenos a esa área: Gran Bretaña, Estados Unidos, Unión Soviética y, desde luego, China Popular, que ha sentado sus reales en la República Popular del Yemen del Sur.

Son varios, por lo tanto, los riesgos directos e indirectos que rondan a la joven Federación. Sin duda, una vez eliminado Bahrein, airadamente reivindicado por Irán, este país es partidario de la nueva fórmula federativa, por estimarla más realista que la anterior y conforme a acuerdos suscritos con Gran Bretaña. Incluso no se puede descartar que Teherán prestaría su apoyo a esa Federación en caso de necesidad. Pero zanjada la cuestión de Bahrein —que expresó su deseo de independencia a una Comisión de las Naciones Unidas el año pasado y que, junto con Qatar, ha sido admitida ya en la ONU—, quedan pendientes otras reivindicaciones iraníes en el golfo Pérsico: frente al Emirato de Ras al Jabal, la de dos islotes que controlan la navegación por el estrecho de Ormuz, y, frente a Sharja, la isla de Abu Musa, donde se ha hallado petróleo. También la Arabia Saudita es favorable a la

Federación y la estabilidad que persigue en la región, pese a mínimas disensiones fronterizas, que podrían ser objeto de negociación. Otro tanto sucede con Kuwait.

El horizonte parecería despejado de no ser Irak —riberaño del golfo Pérsico, aunque sólo lo sea en 26 kilómetros de costa—, que pugna por ser el abanderado de la revolución árabe. Con todo, Irak no es opuesto a la Federación, siempre y cuando acentúe el carácter árabe de la región y sea una barrera frente al «imperialismo» de Irán, equiparado al de Gran Bretaña, Estados Unidos e Israel. La enemiga entre Bagdad y Teherán, que data del derrocamiento de la monarquía hachemita en 1958, se ha encontrado con el problema de la navegación por Chat-el-Arab, que Bagdad estima ser parte del territorio nacional iraquí, y con la reivindicación de la provincia iraní de Juzistan, donde el baasismo ha creado un llamado Frente de Liberación.

No es éste el único que campa por esa zona. El origen de la subversión más o menos latente en el golfo Pérsico está en el Sultanato de Mascate y Omán, donde en 1964 se creó un Frente de Liberación denominado desde 1968 «Frente Popular de Liberación del Golfo Árabe Ocupado». El nombre es todo un programa: el de la creación de una República Popular Árabe del golfo Pérsico que incluiría a todos los territorios de la región. Para ello se han creado diversas organizaciones, que actúan incluso en Arabia Saudita. Por sí sola, la subversión moriría de inanición; precisa apoyos exteriores. Yemen del Sur es uno. Otro puede ser Irak, enfrentado a Irán y Kuwait y cabeza de fila del llamado progresismo árabe, como se ha comprobado con motivo de los fallidos golpes de Estado marroquí y sudanés y de la lucha de Amman contra los *fedayins*. Irak no sólo está en condiciones de prestar apoyo a los diversos movimientos revolucionarios que operan en el golfo Pérsico, sino que puede utilizar sus malas relaciones con Irán para prender la mecha de una situación virtualmente explosiva, acaso no a largo plazo, dado que sigue sin resolverse el conflicto árabe-israelí a espaldas del golfo Pérsico, río revuelto con candidatos a la pesca.

LIUDPRANDO

